

LAS MEMORIAS DE PABLO NERUDA *

El mismo día en que se cumplieron seis meses de la muerte de Pablo Neruda, salieron a luz sus Memorias, bajo el signo editorial de la empresa barcelonesa Seix Barral. Han sido siempre las Memorias un género rebosante de interés, que se acrecienta cuando quien las escribe —o escribió— es un poeta de fama universal, como Pablo Neruda. Es, además, muy agradable el explorar la vida y obra de un autor acompañados del propio autor. Por otra parte, en las Memorias suele permitirse lo que no siempre se permite en obras de índole puramente literaria. Libremente pasan la aduana de este género mercaderías que, en otros, el autor ni siquiera intentaría pasar, por sentido del ridículo, por razones de pudor o, simplemente, por no transgredir los buenos modales literarios.

Título muy sugeridor llevan estas Memorias de Pablo Neruda: *Confieso que he vivido*. Ignoramos si fue el autor quien les dio el título o si éste ha sido obra de los recopiladores. De todos modos, constituye un excelente acierto, pues la suprema categoría nerudiana fue un verbo de sencilla apariencia y enorme complejidad: *vivir*. En él se condensa la verdad menos impugnada y más inexpugnable de toda la obra de Neruda. Fundamentalmente, el poeta de Isla Negra *vivió*, y fue la vida su valor máximo, a inmensa distancia de su beligerancia política, en la cual —¿por qué no decirlo?— no ejerció nunca de héroe, aunque así intente presentarse en alguna página de este libro. Sin ánimo de mancillar su memoria, lo que sería una impiedad, podemos escribir que no pertenecía a la raza de los héroes. Quizá les suceda lo mismo a la mayoría de los poetas.

¡Confieso que he vivido! Por simple asociación de ideas, vienen a la memoria dos personajes de universal nombradía, pero de muy di-

* Leído en la Academia Chilena de la Lengua el 16-VI-75.

ferente sustancia ética y religiosa: San Agustín y Rousseau. Ambos llamaron *Confesiones* a los cientos de páginas en que contaron su vida, o parte de ella. San Agustín, una de las más altas cimas intelectuales y religiosas de la especie humana, se confesó con Dios, entre deliquios de arrepentimiento y espasmos de amor y de humildad. Sin embargo, a veces se le nota cierta propensión a confesarse también con el género humano. Y al género humano va dirigido el obeso volumen de las *Confesiones* de Rousseau, obra en la que, entre explosiones de sinceridad y alardes de cinismo, queda a la intemperie el alma tórrida de ese filósofo, cuya vida constituye el primer gran naufragio del racionalismo dieciochesco.

Tema apasionante el de las Memorias, y más cuando su autor se llama Pablo Neruda. Sin embargo, no es fácil eludir un arduo problema: ¿en qué medida son veraces quienes, en el doble papel de autores y actores, se encaraman al escenario de la comedia humana y, en largo monólogo, recitan para la posteridad la historia de su vida? ¿No existe el riesgo de que el histrión que dentro llevamos todos sucumba a la vanidad y fabule proezas y heroicidades en que lo soñado prevalezca sobre la vivido? ¿No suplantaré, en más de una ocasión, el héroe que se quiso ser al personaje vil que quizás se fue? Por otra parte, la vida humana abunda en crueles ambivalencias, en zonas de turbia ambigüedad donde se vuelven confusas las fronteras entre lo ruin y lo noble, lo espurio y lo verdadero... Perdone el lector estas lucrubaciones y acompáñenos en una lugaz incursión por las Memorias nerudianas.

¿NOVEDAD EDITORIAL?

El lector anheloso de novedades y conocedor de la obra de Neruda sufre una leve desilusión en la primera parte de estas Memorias: más de un centenar de páginas no son material inédito. Se han incorporado, con mínimas variantes, las crónicas autobiográficas publicadas en la revista brasileña *O Cruzeiro*, en 1962. Algo similar ha sucedido con la conferencia «Infancia y juventud», pronunciada por Neruda, en 1954, en la Universidad de Chile e inserta, años ha, en sus *Obras completas*. Fragmentos dispersos de las *Obras completas* —«Viaje al corazón de Quevedo», «Paul Eluard», «Valparaíso»— resucitan en esta obra póstuma. Naturalmente, nada de esto resta un ápice al valor intrínseco de las Memorias mismas, de veras extraordinario. Sin embargo, por honradez con el lector, deberían haberse indicado estas circunstancias edi-

toriales. Presentar como novedad lo que ya no lo es constituye una tosca manera de vender gato por liebre.

Otra observación de índole editorial: dos empresas de habla española —Seix Barral, de Barcelona, y Losada, de Buenos Aires— han publicado estas Memorias, si bien la editorial barcelonesa se adelantó mes y medio a la bonaerense. Hemos cotejado la edición española con la argentina, en maliciosa búsqueda de diferencias importantes. Tiempo perdido: no siempre los malpensados aciertan, o acertamos. Para la publicación de estas Memorias en España, la viuda del poeta exigió —según una agencia informativa— la total fidelidad al texto. Y así se ha cumplido: íntegras están las Memorias de Neruda en la edición española¹, con sus incondicionales loas al comunismo y alguna malévolas alusión al general Franco. ¡Las vueltas que da el mundo! Se nota que el «aperturismo» de don Carlos Arias Navarro no consiste en meras palabras.

¿Cuándo escribió Neruda estas Memorias? Gran parte de ellas en momentos de plenitud vital, cuando la muerte, es decir, el naufragio definitivo para un ateo como él, se le presentaba aún en muy remota lejanía. Creemos que Neruda no vivió la hora dramática del postrer adiós a la existencia, ni siquiera en las páginas escritas en los últimos meses de su vida, cuando, sin saberlo, estaba ya herido de muerte². El corazón humano se nutre de ilusiones y es frecuente, incluso en la vejez, autoengañarse con el pensamiento de que está todavía lejana la hora del ocaso final. En marzo de 1973, en su casa de Isla Negra, le oímos a Neruda hablar, con emocionada ilusión, sobre el modo de conmemorar, en 1974, sus setenta años: un Congreso de Escritores, al que «convendría invitar —decía él— al poeta español Gabriel Celaya, que nunca ha venido a Chile». Es evidente que ignoraba la gravedad de lo que llamaba su «reumatismo», lo cual no era otra cosa —¡secreto a voces!— que esa trágica pesadilla del género humano denominada cáncer. En suma, el poeta no tuvo tranquilidad ni tiempo para escribir Memorias definitivas, ni para dibujar, a la luz terrible de la

¹ Una leve excepción: al referirse al *Monumento de los caídos* dice, en la edición argentina, que su cruz se levanta «sobre un millón de muertos y sobre oscuras e incontables prisiones» (pág. 169). Pues bien, en la edición española —que es a la que remiten todas las citas de este artículo— las «prisiones» se han metamorfoseado en «recuerdos» (pág. 173).

² Buscando su actitud frente a la proximidad de la muerte, hemos leído sus ocho libros póstumos de poesía, publicados en Buenos Aires por la Editorial Losada: *La rosa separada*, *Jardín de invierno*, *2000*, *El corazón amarillo*, *Libro de las preguntas*, *Elegía*, *El mar y las campanas* y *Defectos escogidos*. No es gran cosa lo que hemos podido vislumbrar, salvo alguna histriónica pirueta.

muerte próxima, el paisaje alegre de la vida pasada. No deja de ser una pena. La muerte cabalga, a la vez con tristeza y gallardía, por importantes poemas nerudianos. Pero una cosa es mirarla a distancia y otra muy distinta el enfrentarse con ella cuando ya es perturbadora cercanía o amenazante presencia.

TRAYECTORIA VITAL

Doce capítulos —«cuadernos» en la edición argentina— integran estas Memorias. Terminada la lectura, una mirada al índice es suficiente para revivir la multitud alucinante de sucesos, personas, cosas, ideas, juicios, odios y amores que pululan en estas páginas. En una atmósfera de espléndida poesía, resuena la voz del poeta, apacible algunas veces, apasionada y hasta iracunda las más. Neruda no aspiró nunca a la *sophrosyne* helénica, sino que dejó funcionar libremente en su vida y en su obra la pasión y la desmesura. Por eso sería inútil pedirle moderación y equilibrio. De pasión está hecha su poesía, y es la pasión la que nutre el *corpus* de estas Memorias, salvo algunos momentos de serenidad en que el poeta habla de manera razonada y razonable.

En las breves líneas prologales, desliza Neruda unas palabras que quizá encierren sólo una parte de verdad: «Tal vez no viví en mí mismo; tal vez viví la vida de los otros». Es claro que esto no puede aceptarse sino con muchas y cautelosas reservas. Aunque no se encerró en la torre de marfil, sino que salió al mundo y participó arduosamente en las contiendas de los hombres, Neruda vivió de manera intensa y apasionada «su vida», con radical preferencia a la vida de los otros. Y es natural que así fuera. Todo lo demás es demagogia destinada a la galería. A no ser que esas palabras delaten una subconsciente protesta por el trozo de vida que le arrebataron las luchas políticas y sociales.

Los títulos de estos capítulos son todos muy acertados y sugeridores, tanto como el de las Memorias. A través de ellos, el lector puede seguir la trayectoria vital y poética de Pablo Neruda. En el capítulo I, revive el Neruda niño y adolescente, con los primeros asombros ante la vida y el universo. También con las primeras aventuras eróticas y los melancólicos embelesos ante la lluvia, su «único personaje inolvidable». Escrito en 1954, cuando el poeta se hallaba en la plenitud creadora —¡la plenitud de los cincuenta años!—, quizá sea este capítulo el más poético y artístico de las Memorias.

«Perdido en la ciudad» se titula el capítulo II. En él asiste el lector a la aventura del Neruda joven, llegado a Santiago con «la cabeza llena de libros, de sueños y de poemas...» (pág. 47). Un cortejo de personajes extravagantes y soñadores acompaña a este Neruda que pugna por abrirse paso entre la poesía y la bohemia, con mucha hambre y poco dinero. Revolotea por estas páginas un enjambre de divertidas anécdotas. Pero más que la anécdota nos interesa la categoría, aquí representada por la gestación de los primeros libros. Para el lector entusiasta de Neruda —y lo es quien tenga siquiera una mínima amistad con la poesía—, resulta emocionado oírle contar la historia de la génesis y nacimiento de sus dos primeras criaturas poéticas: *Crepusculario* y *Veinte poemas y una canción desesperada*.

Unos bellísimos párrafos sobre la palabra cicran este capítulo. En una prosa donde cada palabra irradia fulgor artístico, Neruda canta entusiásticamente sus relaciones con las palabras y las acrobacias que realiza para sacarles la máxima reverberación expresiva. Un página de antología, como muchas de estas Memorias...

LA PALABRA

«... Todo lo que usted quiera, sí señor, pero son las palabras las que cantan, las que suben y bajan... Me prosterno ante ellas... Las amo, las adhiero, las persigo, las muerdo, las derrito... Amo tanto las palabras... Las inesperadas... Las que glotonamente se esperan, se acechan, hasta que pronto caen... Vocablos amados... Brillan como piedras de colores, saltan como platinados peces, son espuma, hilo, metal, rocío... Persigo algunas palabras... Son tan hermosas que las quiero poner todas en mi poema... Las agarro al vuelo, cuando van zumbando, y las atrapo, las limpio, las pelo, me preparo frente al plato, las siento cristalinas, vibrantes ebúrneas, vegetales, aceitosas, como frutas, como algas, como ágatas, como aceitunas... Y entonces las revuelvo, las agito, me las bebo, me las zampo, las trituro, las emperejilo, las liberto... Las dejo como estalactitas en mi poema, como pedacitos de madera bruñida, como carbón, como restos de naufragio, regalos de la ola... Todo está en la palabra... Una idea entera se cambia porque una palabra se cambió de sitio, o porque otra se sentó como una reinita adentro de una frase que no la esperaba y que le obedeció... Tienen sombra, transparencia, peso, plumas, pelos, tienen todo lo que se les fue agregando de tanto rodar por el río,

de tanto transmigrar de patria, de tanto ser raíces... Son antiquísimas y recientes... Viven en el féretro escondido y en la flor apenas comenzada... Qué buen idioma el mío, qué buena lengua heredamos de los conquistadores torvos...» (pág. 77).

Perdonémosle su intempestivo disparo contra los conquistadores... Material para una apasionante novela ha reunido Neruda en los capítulos «Los caminos del mundo» y «La soledad luminosa». Llegado el momento de sintetizar estas andanzas nerudianas por el Extremo Oriente, se experimenta una sensación de vértigo y mareo. ¿Cómo resumir en unas líneas la veloz caravana de lances felices y desdichados, el desfile alucinante de personajes heteróclitos, el incesante fluir de juicios sobre dioses y hombres, religiones y sociedades? Faena poco menos que imposible. Bajo los ciclos de Shangay, Tokio, Singapur —en el curso del viaje— y luego, ya en funciones de cónsul, en Birmania, Ceilán, Java..., se alternan las más insólitas aventuras burocráticas, rituales, venatorias, eróticas... Digamos, de paso, que los amores nerudianos —salvo el emocionante episodio de la birmana Josie Bliss, en el que quizá haya mucho de fantasía— tienen casi siempre una repulsiva fachada prostibularia.

La soledad luminosa simboliza los raudales de luz poética que inundaron el alma hiperestesiada de Neruda durante esa etapa de soledad en un mundo desconcertante y extraño:

«... yo no podía elegir sino la soledad, y de ese modo aquella época ha sido la más solitaria de mi vida. Pero la recuerdo igualmente como la más luminosa, como si un relámpago de fulgor extraordinario se hubiera detenido en mi ventana para iluminar mi destino por dentro y por fuera» (pág. 128).

En un barrio de Colombo —en Ceilán— vivió Neruda largos días de soledad lacerante y creadora. Perdido en una sociedad en que todo le era extraño —lengua, costumbres, religión, filosofía de la existencia—, a solas consigo mismo, pudo auscultar el rumor de la vida y percibir más limpiamente los latidos de su corazón. Allí nacieron los poemas de *Residencia en la tierra*. Sobre la escasa huella del mundo oriental en su poesía, hablan con suficiente claridad las siguientes palabras:

«... el Oriente me impresionó como una grande y desventurada familia humana, sin destinar sitio en mi conciencia para sus ritos ni para sus dioses. No creo, pues, que mi poesía haya re-

flejado otra cosa que la soledad de un forastero trasplantado a un mundo violento y extraño» (pág. 120).

España en el corazón y *Salí a buscar caídos* condensan la aventura española de Pablo Neruda, a la vez gozosa y dolorida. Poesía y política van aquí de la mano, y los nombres de los poetas —García Lorca, Miguel Hernández, Rafael Alberti, León Felipe— se iluminan con la luz siniestra de la guerra, al compás de los recuerdos nerudianos. Sobre todo, M. Hernández y García Lorca reviven nimbados con doble aureola de poesía y muerte, en páginas donde el entusiasmo y el amor se funden con el dolor y la ira. En cuanto a la guerra, excepto la parte anecdótica, poco añaden estas páginas en prosa a lo que Neruda había cantado en verso³. Prevalece el mismo tono iracundo de los poemas y la misma virulenta saña contra los enemigos de la República. *Salí a buscar caídos* es la historia, conmovedora y humanitaria, de su acción para traer a Chile republicanos españoles que, tras la derrota, sufrían la ignominia de los campos de concentración franceses. La síntesis final tiene un nombre: *Winnipeg*. En cuanto al cambio de rumbos que la poesía española produjo en la poesía de Neruda, es harto elocuente el siguiente pasaje:

«A las primeras balas que atravesaron las guitarras de España, cuando en vez de sonidos salieron de ellas borbotones de sangre, mi poesía se detiene como un fantasma en medio de las calles de la angustia humana y comienza a subir por ella una corriente de raíces de sangre. Desde entonces mi camino se junta con el camino de todos» (pág. 209).

México florido y espinudo es la historia de la vida nerudiana en la tierra de Moctezuma, donde aspiró el perfume de muchas flores y sintió también la punzada de algunas espinas. Fino catador de esencias, Neruda se remeció eléctricamente al contacto con la historia, la tierra y el hombre mexicanos. Algunas de las páginas más bellas de estas

³ Mejor dicho, añaden algo muy importante. En su visión unilateral de la guerra civil, Neruda había endosado todos los crímenes al bando nacional y guardado total silencio sobre lo sucedido en la zona republicana. Aquí reconoce las atrocidades de milicianos y anarquistas y afirma que, por haber rozado con la capa a un miliciano, estuvo a punto de ser fusilado León Felipe. «Esta atmósfera de turbación ideológica y de destrucción gratuita me dio mucho que pensar» (pág. 192). Líneas antes, recuerda Neruda que los estampidos de los fusilamientos nocturnos «muchas veces no me dejaban dormir». El dato no es despreciable.

Memorias llevan la savia de la vida mexicana del poeta, incluso de su final apoteosis: un banquete con más de dos mil comensales. Algún residuo de gratitud debe de haber movido su pluma al opinar sobre México en las Memorias:

«Y no hay en América, ni tal vez en el planeta, país de mayor profundidad humana que México y sus hombres. A través de sus aciertos luminosos, como a través de sus errores gigantes, se ve la misma cadena grandiosa de generosidad, de vitalidad profunda, de inagotable historia, de germinación inacabable» (pág. 214).

La patria en tinieblas rememora la actividad política de Neruda como senador y su azarosa fuga cuando fue desaforado por causa de las injurias al presidente González Videla, a quien vuelve a obsequiar en estas páginas con los más infamantes adjetivos. Tiene este capítulo más interés biográfico que literario, en el caso de que sea historia todo lo que Neruda cuenta aquí, cosa de la que dudamos bastante. Fuera de algunas páginas de escalofriante belleza, como las referentes a las pampas salitreras del Norte y a las tierras boscosas del Sur, este capítulo es uno de los más flojos de las Memorias. La prosa rechina en él como las cuerdas de una guitarra destemplada por el odio.

Principio y fin de un destierro cuenta las correrías del autor por Rusia, China, India e Italia, donde publicó *Los versos del capitán*. Salvo algunos temas rigurosamente personales —publicación del libro recién nombrado, amores con Matilde en Capri, un bello párrafo de consuelo para Delia del Carril, su anterior esposa— la política invade, y a veces mancha, la mayoría de las páginas de este capítulo. Entristece de veras el deprimente espectáculo de un poeta de altísima jerarquía incondicionalmente dócil a las consignas del partido. Habla de «la sombría noche de Stalin», porque la orden del día era entonces ésa. Y ataca a los funcionarios chinos, los de la «sonrisa de quita y pon, postiza, que se pega y despega bajo la nariz» (pág. 291), por la sencilla razón de que, en la pugna chino-soviética, el comunismo chileno se alineó al lado de la U. R. S. S. Idéntica docilidad al amo revelan sus juicios sobre Pasternak, «poeta crepuscular, de la intimidad metafísica, y políticamente un honesto reaccionario que en la transformación de su patria no vio más lejos que un sacristán luminoso» (página 275).

«Navegación con regreso» es un capítulo en el que la constante sucesión de episodios, andanzas y viajes del poeta —¿habrá habido

otro poeta que haya visto tanto mundo como Neruda?— llega a marear al lector. También es aquí la política el personaje de más relieve. Ella es la que mueve los viajes de Neruda a Rusia, a China, a Ceilán... De ella le nace el Premio Stalin de la Paz y ella preside sus halagos y reverencias al socialismo ruso. El mismo origen tienen los ataques a Mao Tse-tung, entreverados de adulaciones al pueblo chino. Persiste, además, la actitud crítica frente a Stalin: «La degeneración de su personalidad fue un proceso misterioso, hasta ahora enigmático para muchos de nosotros» (pág. 331).

En las primeras páginas de este capítulo se narra la historia de un cordero cuyo inminente sacrificio no pudo soportar la sensibilidad nerudiana; en las últimas, el poeta retrocede a los días de la guerra española, se sitúa en el madrileño palacio de Liria y eructa el más plebeyo resentimiento contra el duque de Alba y su parentela.

«La poesía es un oficio» se extiende a lo largo de 95 páginas, tal vez las más interesantes de estas Memorias, por lo menos para quienes buscamos en Neruda fundamentalmente al poeta, única categoría que le sobrevivirá por siglos. Excepto en algún que otro pasaje, mantiene este capítulo la unidad temática, pues las numerosas sendas por donde fluye aquí la prosa nerudiana desembocan casi siempre en el ser y hacer de la poesía, con los más variados concomitantes: docilidad al propio corazón, pugna entre lo real y lo subjetivo, trato con el idioma, material poético, la poesía como insurrección, incomprendimientos de los críticos, ataques de los envidiosos. Exhibe Neruda en estas páginas una colosal sabiduría poética, no de tipo libresco, sino de índole vital. Sus largos años de intimidad con la poesía se traducen reflexivamente en un haz de luminosos conceptos, que quizá recojan algún día los tratados de poética. Habla de ella con la misma orgullosa suficiencia con que don Quijote habla de la caballería andante. La prosa se le hincha de vanidad y satisfacción al referir que, con sus poemas, emocionó a los obreros, amansó a un iracundo boxeador, acalló una campaña contra Tina Modotti y, sobre todo, hizo respetar «el oficio del poeta, la profesión de la poesía». Volveremos más adelante a algún punto de estas incitantes páginas. Entre tanto, aquí van algunas líneas resplandecientes de significado:

«Rubén Darío fue un gran elefante sonoro que rompió todos los cristales de una época del idioma español para que entrara en su ámbito el aire del mundo. Y entró» (pág. 363).

«El poeta que no sea realista va muerto. Pero el poeta que sólo sea realista va muerto también. El poeta que sea sólo irra-

cional será entendido sólo por su persona y por su amada, y esto es bastante triste. El poeta que sea sólo racionalista será entendido hasta por los asnos, y esto es también sumamente triste» (página 368).

«Yo he dado cuanto tenía. He lanzado mi poesía a la arena, y a menudo me he desangrado con ella, sufriendo las agonías y exaltando las glorias que me ha tocado presenciar y vivir» (página 404).

Un breve capítulo titulado «Patria dulce y dura» cierra estas Memorias. Se inicia con un par de anécdotas sobre «extremismo y espías», que se dirían arrancadas de una novela policíaca; continúa con un *intermezzo* en cursiva, en el que se defiende a los comunistas comparando los más biliosos sarcasmos contra sus enemigos, y prosigue y termina con varias páginas donde salen al baile su candidatura presidencial, la Embajada en París, el retorno a Chile y la muerte del régimen allendista. Estos párrafos finales están cargados de pasión y encono. Son una dura y biliosa diatriba contra los militares chilenos. Naturalmente, están dentro del talante político nerudiano y son consecuentes con la beligerante actitud mantenida por el autor, no sólo en las Memorias, sino también en una parte importante del resto de su obra. Sin embargo, por honradez intelectual, no podemos menos de formular una pregunta: ¿Escribió Neruda de veras estas últimas páginas, en que se anatematiza el levantamiento militar del 11 de septiembre de 1973? Para cualquiera que ame la verdad por encima de la fábula la respuesta es negativa, rotundamente negativa. Es imposible que Neruda pudiera escribir esas páginas —y ni siquiera dictarlas— cuando ya estaba o en el paroxismo del dolor inherente a un cáncer generalizado o en la semi-inconsciencia en que inevitablemente lo sumirían las fuertes dosis de calmantes que le administraban. Y ésa era su triste situación el 14 de septiembre de 1973, fecha de la redacción de esas páginas.

APORÍAS NERUDIANAS

Capítulo por capítulo hemos seguido la ruta vital de Neruda, tal como se refleja en las Memorias. Lo que aquí hemos dicho es sólo una parte del vasto y contradictorio orbe nerudiano. Hombre más dionisiaco que apolíneo, más proclive a la vehemencia pasional que a la moderación reflexiva, Neruda asume en estas Memorias una actitud

belicosa, maniquea y excluyente, lo mismo cuando lucubra sobre temas de poesía que cuando discurre sobre asuntos de política. Pese a sus insistentes declaraciones de fraternidad universal, escinde a la especie humana en dos hemisferios: el de los buenos y el de los malos. También en el de los nerudianos y los antinerudianos. Y aunque él es uno de los más grandes poetas del mundo, las categorías que le sirven para esa maniquea escisión no son de naturaleza estética, sino de índole política, excepto algún episodio anecdótico de reyertas de campanario en el que la última palabra la dicen la vanidad y el resentimiento.

Los buenos —resulta superfluo decirlo— son los marxistas y sus afines; los malos, todos los que no se dobleguen sumisamente a los postulados del marxismo, y no de cualquier marxismo, sino del marxismo soviético. Así lo acreditan las venenosas ironías destiladas contra Mao y sus secuaces. Por eso, el lector no gregario, decidido a mantener libre el núcleo último de su yo, necesita de grandes esfuerzos para reprimir irreprimibles impulsos de ira en numerosos pasajes de este libro. A pesar de todo, la obra nerudiana es tan grandiosa, irradia tan cósmico y radiante esplendor, que el conjunto deja una sensación de asombro, de pasmo, de alucinada extrañeza. Incluso rechazando provincias enteras de su inmenso mundo, es imposible no rendirse ante la evidencia de que a lo largo de estas páginas se oye la voz de un poeta extraordinario, dotado de la omnímoda capacidad de embellecer el planeta. Sin embargo, estoy muy lejos de dejarme colonizar por todo lo que Neruda ha escrito en estas Memorias. Por eso, voy a referirme ahora a lo que, con un término un poco pedante, llamaré «aporías nerudianas», contradicciones entre sentimientos que se le escapan, como pájaros fugitivos, del fondo insobornable de su ser de hombre y afirmaciones dogmáticas, nacidas de la pertenencia a un partido que exige total sumisión a sus postulados ideológicos.

ENTRE EL AMOR Y EL ODIO

De las remotas lecturas de nuestra adolescencia, recordamos un libro de J. M. Vargas Vila, delirante y frenético, como todos los suyos: *De sus lises y sus rosas*. Un pensamiento del tórrido escritor colombiano ha pervivido en nuestra memoria: el odio es una herencia gallarda, porque los hijos de aquellos a quienes hayamos odiado se creerán en el deber de venir a escupir en nuestra tumba y de sus salivazos nacerán flores. Traemos a cuento estas palabras porque en las Memorias de Neruda es el odio uno de los personajes que levantan el puño

con más insolente desparpajo. Y esto constituye una triste aporía en un poeta como él, que recogió muchos de sus poemas en un volumen titulado *Todo el amor* y que, en estas Memorias, tan artilladas de malquerencias y rencores, invoca frecuentemente el amor y la fraternidad:

«Y sigo creyendo en la posibilidad del amor. Tengo la certidumbre del entendimiento entre los seres humanos, logrado sobre los dolores, sobre la sangre y sobre los vidrios rotos» (pág. 380).

¡Nobles aspiraciones y bellísimas palabras! Sin embargo..., sin embargo, la prisa de Neruda se encrespa de odio apenas asoma un enemigo en el horizonte. El poeta de *Veinte poemas de amor* tiene una fabulosa capacidad para transformarse en un lírico del odio. Sean quienes sean sus enemigos, tanto si proceden de la política como de la literatura, Neruda eriza frente a ellos —o contra ellos— un léxico injurioso, sarcástico, despectivo. Conoce los más perdidos rincones del idioma y encuentra siempre el término adecuado para deshonar al enemigo con el odio, la injuria o el desprecio. «Frente a ellas —las máscaras de dioses asiáticos de su casa de Madrid— ululaba la horda analfabeta de los mercenarios», escribe aludiendo a las avanzadas del ejército de Franco (pág. 186). A González Videla lo llama «el judas chileno», «venenoso lagarto», «bailarín de conga» (pág. 243). Frei es «una araña política» (pág. 471).

El poeta cubano Nicolás Guillén, a pesar de su militancia comunista, es objeto también de un disparo de Neruda. No lo nombra de modo explícito, pero lo insulta de manera oblicua, mediante una sutil explicación en un paréntesis maligno: «La revista —alude a *Caballo Verde para la Poesía*— publicó el primer poema nuevo de Miguel Hernández y, naturalmente, los de Federico, Cernuda, Aleixandre, Guillén (el bueno: el español)» (pág. 169).

A Pablo de Rokha no le confiere siquiera el honor de llamarlo por su nombre. Lo hunde en el anonimato y lo despersonaliza con un despectivo «Perico de Palothés», incrustando una h en la sílaba final, como sarcástica burla a la grafía del pseudónimo usado por su difunto enemigo. Aunque el rencoroso desahogo nerudiano tenga cierta motivación —dada la demencial saña con que, durante años de años, arremetió contra él Pablo de Rokha—, el modo trágico como éste se fue de la vida debería haber inspirado a Neruda siquiera un piadoso silencio. Sin embargo, se encarniza con él a lo largo de tres inmisericordes páginas. Tras situarlo en la primera línea de sus «sombrios contrincantes», asegura que era «más gesticulatorio que intrínseco» y lo de-

fine como «un hombre fuerte y peludo que trataba de impresionar tanto con su retórica como con su catadura» (pág. 399). Lo convierte luego en protagonista de cotidianos y mendicantes chantajes y remata su implacable diatriba con estas palabras:

«La característica suprema de Perico de Palothés, filósofo nietzscheano y grafómano irredimible, era su matonismo intelectual y físico. Ejerció de perdonavidas en la vida literaria de Chile. Tuvo durante muchos años una pequeña corte de pobres diablos que lo celebraban. Pero la vida suele desinflar en forma implacable a estos seres circunstanciales» (pág. 399).

Si pensamos que la desesperación, el fracaso y el hambre movieron el gatillo del revólver suicida que arrojó de este mundo a Pablo de Rokha, esta andanada de Neruda, disparada desde la cumbre del triunfo y la opulencia, es un paradigma de inútil crueldad.

Más ironía que indignación hay en las alusiones a otro enemigo suyo, el crítico uruguayo Ricardo Paseyro, que le ha movido guerra a escala internacional y escrito contra él biliosos libelos, como *Neruda o el deshonor de la palabra*. Como a Pablo de Rokha, Neruda le niega también a Paseyro hasta el minúsculo honor de la identificación nominal, que diluye en estas nebulosas y malignas palabras: «Cierta ambigüedad uruguayo de apellido gallego, algo así como Ribero» (pág. 401).

Recordando las discusiones con Rafael Alberti sobre el título de la revista *Caballo Verde* (el poeta español quería que fuera caballo «rojo»), escribe Neruda: «No le cambié el color. Pero Rafael y yo no nos peleamos por eso. Nunca nos peleamos por nada. Hay bastante sitio en el mundo para caballos y poetas de todos los colores del arco iris» (página 169). *Espléndido código de fraternidad y comprensión humanas* que, sin embargo, tiene muy precaria vigencia en la obra de Neruda, ya que, salvo alguna que otra reticente excepción, están excluidos del arco iris nerudiano todos los colores que no sean el verde de su tinta y de su escudo o el rojo de sus amores y de su credo político. Esto queda patente incluso cuando Neruda oficia de generoso y tolerante frente a un adversario, como en el caso de Vicente Huidobro, a quien resucita en estas páginas de muy extraña manera. El Huidobro de las Memorias nerudianas es un ególatra delirante, protagonista de las excentricidades más absurdas, que Neruda relata con indisimulada complacencia. Sin embargo, luego de ponerlo en la cumbre del ridículo como hombre, lo ensalza como poeta, afirmando «la deslumbrante calidad de su poesía» y exornándola de entusiastas ditirambos, sin perjuicio de restringir su va-

lor mediante cautelosos distingos políticos y estéticos. Termina del siguiente modo:

«Huidobro murió en el año 1948, en Cartagena, cerca de Isla Negra, no sin antes haber escrito algunos de los más desgarradores y serios poemas que me ha tocado leer en mi vida. Poco antes de morir visitó mi casa de Isla Negra, acompañando a Gonzalo Losada, mi buen amigo y editor. Huidobro y yo hablamos como poetas, como chilenos y como amigos» (pág. 397).

En el capítulo tercero de estas Memorias, ha escrito Neruda: «Me parece que yo no nací para condenar, sino para amar. Aun hasta los divisionistas que me atacan, los que se agrupan en montones para sacarme los ojos y que antes se nutrieron de mi poesía, merecen por lo menos mi silencio» (pág. 67). Quizá constituyan estas palabras, que creemos sinceras, la más triste ironía de la vida de Pablo Neruda. Nació para amar. Sin embargo, quizá contra la voluntad del propio poeta, el horizonte de sus Memorias suele oscurecerse con nubarrones de odio tan densos, tan negros y persistentes que, en ocasiones, apagan hasta las más deslumbrantes llamaradas de amor.

Doloridas reflexiones le inspiran dos sucesos de que fue sujeto pasivo: el cura de *El Tablo* lo rechazó como padrino de bautismo —«¿Un padrino comunista? Jamás»— y otro sacerdote se negó a publicar en el diario *La Unión* de Valparaíso la oda a «Don Asterio», porque «Neruda, su autor, es un comunista excomulgado»:

«Yo quiero vivir en un mundo sin excomulgados. No excomulgaré a nadie... Quiero vivir en un mundo en que los seres sean solamente humanos, sin darse en la cabeza con una regla, con una palabra, con una etiqueta. Quiero que se pueda entrar a todas las iglesias, a todas las imprentas» (pág. 318).

Los dos hechos son de muy distinto volumen y jerarquía. Quizá Neruda ignorara que el bautismo es un sacramento en el que los padrinos asumen deberes religiosos, difícilmente pensables en quien, como él, alardeaba de agnosticismo e irreligiosidad. Lamentable el que a un poeta de la talla suya le rechazaran un poema tan inofensivo como la oda a «Don Asterio Alarcón, cronometrista de Valparaíso». Sin embargo, en las conclusiones nerudianas se desliza aviesamente otra aporía de las numerosas que pueblan su vida y su obra: «Yo quiero vivir en un mundo sin excomulgados. No excomulgaré a nadie.» Ahora bien,

¿qué ha hecho él en las *Memorias* sino fulminar excomuniones a granel contra sus adversarios? Por otra parte, el sistema político agresivamente sustentado por el propio Neruda tiene lleno de excomulgados el mundo. No se trata de asumir fáciles posiciones antimarxistas, sino de decir la verdad desnuda: mírese el mapa de nuestro planeta y dígase si hay un solo lugar dominado por el marxismo donde los no marxistas no estén excomulgados.

POESÍA Y POLÍTICA

Aparte del amor, por dos sendas principales discurren las *Memorias* y, en general, la obra de Neruda: poesía y política. Ya vimos que el capítulo más largo de las *Memorias* es el referente a la poesía —«La poesía es un oficio»—; pero el tema reaparece en casi todos los capítulos, en tonos y formas diversos. Al comienzo de este artículo, decíamos que fue la vida el valor máximo de Neruda. Ahora debemos agregar que la poesía estaba unida a la vida nerudiana como lo está la piel al cuerpo. Neruda se entregó a la poesía con delectación sensual, con la misma glotona avidez con que se entregaba a todos los placeres de la existencia. En ella recogió, transmutándolo artísticamente, cuanto encontró a su paso, con hambre de amplitud cósmica. Bellamente lo expresa en varios pasajes de este libro:

«Mi poesía no rechazó nada de lo que pudo traer en su caudal; aceptó la pasión, desarrolló el misterio, y se abrió paso entre los corazones del pueblo» (pág. 241).

... ..
 «Yo sigo trabajando con los materiales que tengo y que soy. Soy omnívoro de sentimientos, de seres, de libros, de acontecimientos y batallas. Me comería toda la tierra. Me bebería todo el mar» (pág. 367).

Anhelos pacifistas e impulsos belicosos pugnan en el alma de Neruda cuando intenta definir la función de la poesía: «La poesía es siempre un acto de paz» (pág. 193); «la poesía es una insurrección» (página 404). El lector no especialista en armonizar contrarios se siente perplejo, sin saber a qué carta quedarse en esta intrincada aporía de la paz y la guerra. De todos modos, ateniéndonos al conjunto de las *Memorias* y de la obra toda de Neruda, la balanza se inclina visiblemente del lado de la lucha y la beligerancia. Y, en este sentido, creemos que Neruda

supervalora el poder combativo de su poesía, llegando a declaraciones de infantil vanidad, como cuando asegura —debemos creérselo— que era asiduo lector suyo el artillero soviético que derribó al avión espía norteamericano del piloto Powers. Esto le permite sentenciar jactanciosamente:

«Aquel proyectil que subió tan alto e hizo caer el orgullo tan abajo, llevaba en alguna forma un átomo de mi ardiente poesía» (página 360).

La política nutre y anima muchas páginas de las Memorias de Neruda. No podemos discutirle el derecho a una actitud comprometida, pero produce lástima la falta de independencia mental con que la asume. Repite servilmente consignas partidistas, juzga sin ningún rigor crítico trascendentales hechos históricos, convierte en categorías algunas anécdotas que se desintegran de puro endebles y, olvidando la sentencia de don Quijote —«los historiadores que de mentiras se valen habían de ser quemados, como los que hacen moneda falsa»—, confiere rango de verdades a los embustes más burdos.

Muy doloroso tiene que haberle resultado el bajar del pedestal la estatua de Stalin, cuya sombra le persigue obsesivamente. Se le notan perplejidades e indecisiones, pero termina renegando del ídolo: «Muchos me han creído un convencido staliniano. Fascistas y reaccionarios me han pintado como un exegeta lírico de Stalin. Nada de esto me irrita en especial. Todas las conclusiones se hacen posibles en una época diabólicamente confusa» (pág. 435). Ignoramos si estas líneas son anteriores o posteriores a uno de sus ocho libros póstumos —*Elegía*—, en el que, tras alguna vacilación —Stalin es todavía «aquel capitán claro de su pueblo»—, abandona eufemismos y circunloquios y declara contritamente los crímenes stalinianos:

*La tierra se llenó con sus castigos,
cada jardín tenía un ahorcado*⁴.

REFLEXIONES FINALES

El Neruda que emerge de estas Memorias es un ser descomunal en todo: en el amor y en el odio, en la nobleza y en la abyección, en la

⁴ *Elegía*. Ed. Losada. Buenos Aires, 1974, pág. 102.

grandeza y en la ruindad. Sería inútil pedirle lo que no fue ni quizá pudo ser: hombre de una sola pieza. Probablemente sea ésa la tragedia íntima de muchos grandes hombres. Vida y obra de Neruda están crucificadas de paradojas, de dolorosas inconsecuencias, de incoherencias internas y externas, como puede advertirse en numerosos pasajes de este libro, tan denso, tan complejo, tan poblado de pasiones y episodios, que sobre él podrían escribirse varios volúmenes. Tienen sus páginas un fabuloso poder de incitación, tanto en el plano de la simpatía y la concordia, como en el de la discordia y la antipatía. Por otra parte, este mundo nerudiano irradia una sustancia humana tan esplendente y artística, que arrebató al lector, a veces en arranques de ardoroso entusiasmo y, a veces, en accesos de irresistible cólera. Lo que no es posible es asumir frente a él una actitud neutral.

Como testimonio de una vida y una época, el valor de las Memorias nerudianas es bastante limitado. Ningún lector, después de doblar la última página, podría aplicar a Neruda las palabras del poeta latino: «Te intus et in cute novi.» «In cute», en la superficie de la historia que Neruda narra, existen vastas zonas de oscuro y sospechoso silencio. Un ejemplo: por obra y gracia del marxismo, algunos nombres de ciudades de Europa —Berlín, Budapest, Praga— remecieron la conciencia de la humanidad con el resplandor siniestro de la tragedia. Relevantes figuras del marxismo mundial, como Jean Paul Sartre, lanzaron gritos de indignación. La mudez de Neruda fue total entonces, y total lo es ahora en las Memorias. Sobre otras muchas y atroces iniquidades ha tendido un manto de cobarde silencio. En el silencio ha envuelto también a brillantes escritores de su época y a algunos críticos e investigadores que, como Hernán Loyola, han dedicado muchas horas de su vida a desentrañar el misterio de la poesía nerudiana. ¡Ingratitud se llama esta figura! En cuanto a los sucesos de que fue sujeto activo o pasivo, la deformación es harto frecuente, unas veces por causa del fanatismo partidista y otras por causa de la actitud ególatra que asume al hablar de sí mismo.

Muy escasa es también la porción del «intus» nerudiano que estas Memorias revelan al lector. Aunque parezca escandalosa la afirmación, la intimidad nerudiana aquí exhibida es mínima, cosa de veras extraña en un poeta lírico de tan excelsa jerarquía como la suya. Lo cierto es que el «intus» de Neruda en las Memorias es de muy corto radio o, mejor dicho, de muy escasa profundidad. Incluso en los momentos en que aparece más pasionalmente proclive a revelar zonas extensas de su intimidad, se limita a encender una deslumbrante hoguera en la periferia de la conciencia y deja en la obscuridad el fondo último de su yo.

Por eso, resulta difícil evitar la impresión de que, entre el Neruda auténtico y el Neruda que escribe pensando en la posteridad, se interpone una dosis considerable de histrionismo. Por otra parte, observa un pétreo y glacial silencio frente a las eternas inquietudes del hombre, esas tras cuya solución se han afanado teólogos y filósofos por siglos de siglos. Los atolondrados y displicentes juicios que formula sobre dioses y religiones orientales no merecen siquiera que los tomemos en serio.

El valor literario de esta obra es de altísima calidad. Exceptuadas algunas docenas de páginas dispersas en diversos capítulos en que la prosa cojea penosamente, Neruda exhibe un lenguaje radiante de poesía. Profundo conocedor del idioma, encuentra siempre el término más expresivo, la frase más fulgurante de significado. Sabe llegar a la entraña misma de las palabras y hacer que éstas dejen la sensación de algo recién creado. Dos temas dan peculiar tensión a la prosa de Neruda: la naturaleza y la poesía. Frente a las pampas salitreras, los bosques del sur, las estepas rusas, las llanuras chinas o los mares de Oriente, Neruda elabora una prosa rutilante, recamada de bellísimas iridiscencias, en la que la transformación lírica del paisaje adquiere calidades rara vez logradas en idioma español. Es improbable que alguien le supere en el difícil arte de oír los silencios y rumores de la naturaleza y de transmutar en sustancia poética los sonidos y colores del universo.

La prosa se tensa y resplandece con inextinguible fulgor cada vez que el tema de la poesía surge en el horizonte nerudiano. Ya hemos visto algo de su actitud frente a la poesía en general y frente a la suya en particular. No era Neruda hombre de teorías ni de profundas convicciones estéticas. Conocía, claro está, las grandes corrientes poéticas de todos los tiempos. Pero, más intuitivo que reflexivo, llegaba a la poesía de manera vivencial, instintivamente, al margen de cualquier credo estético. Sin embargo, en estas Memorias luce una pasmosa sabiduría poética, ajena a cualquier alarde erudito, pero relampagueante de ciertas intuiciones. Las páginas dedicadas a la poesía de Quevedo, Góngora, Rubén Darío, García Lorca, Rafael Alberti, Miguel Hernández, César Vallejo, Vicente Huidobro y Paul Eluard merecen figurar en la más exigente antología.

En algún pasaje de este artículo, hemos reprochado a Neruda vanidad y egolatría por el modo de supervalorar minúsculas anécdotas de su existencia. Sin embargo, por el conjunto de su obra, tenía sobradas razones para sentirse orgulloso. La creación suya constituye uno de los orbes poéticos más grandiosos de todos los siglos. Lamentamos, sí, el que estuviera siempre cerrada a la transcendencia ultraterrena y que consumiera parte de su sagrado fuego en empresas de rencor y odio.

Agnóstico y materialista, Neruda excluyó del horizonte de sus esperanzas la inmortalidad personal allende la tumba. Sin embargo, pensamos que sí vislumbró la inmortalidad de gran parte de su obra y que podría haber repetido con Horacio: «Non omnis moriar multaue pars mei vitabit Libitinam» (*Carmina*, III, 30).

* * *

Aparte de mi entusiasta e inextinguible admiración por su obra, guardo emocionada gratitud a Neruda, que, luego de la publicación de mi ensayo *Neruda y España*, me invitó a su casa de Isla Negra, donde fui recibido por él y su esposa, en marzo de 1973, con afectuosa cordialidad. Esas inolvidables horas, aunque no me dieron ninguna luz nueva sobre el poeta, me iluminaron mucho sobre el hombre. Pero la historia no puede ni debe escribirse con categorías emocionales, sino con el implacable rigor exigido por la búsqueda de la verdad. La verdad, y sólo la verdad, es la que me ha estimulado en la redacción de estas páginas y la que me ha movido la pluma en la distribución de censuras y elogios, reproches y halagos.

MARTÍN PANERO MANCEBO

Correspondiente extranjero de la Academia Chilena
de la Lengua. Catedrático del Instituto de Letras de
la Universidad Católica de Chile